

**Apariciones de seres
celestiales y demoniacos
en la Nueva España**

Gisela von Wobeser



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Gisela von Wobeser
"II. Apariciones de seres celestiales"
p. 35-52

*Apariciones de seres celestiales y demoniacos en la
Nueva España*
Gisela von Wobeser (autor)

México
Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Históricas
(Serie Historia Novohispana 100)

Primera edición impresa: 2016

Primera edición electrónica en PDF: 2017

Primera edición electrónica en PDF con ISBN: 2019

ISBN de PDF 978-607-30-1432-8

<http://ru.historicas.unam.mx>



Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual
4.0 Internacional

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/>

2019: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas. Algunos derechos reservados. Consulte los términos de uso en <http://ru.historicas.unam.mx>.

Se autoriza la consulta, descarga y reproducción con fines académicos y no comerciales o de lucro, siempre y cuando se cite la fuente completa y su dirección electrónica. Para usos con otros fines se requiere autorización expresa de la institución.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



REPOSITORIO
INSTITUCIONAL
HISTÓRICAS
UNAM

Capítulo II

APARICIONES DE SERES CELESTIALES

Muchos videntes suplieron sus necesidades afectivas, proyectaron sus angustias, requirieron protección o buscaron su sentido de la vida con figuras del más allá que los reconfortaban, consolaban en sus momentos de angustia, incertidumbre y desesperación, y los acompañaban en días especiales o simplemente en la cotidianidad. Por lo tanto, las historias de apariciones reflejan el mundo interior de los visionarios y manifiestan sus emociones: amor, temor, odio, esperanza, miedo, ternura, piedad y compasión, entre otras.

Muchas monjas buscaban el vínculo con seres sobrenaturales para dar sentido a sus vidas y escapar de la soledad interior, tristeza y desesperanza que afrontaban. La vida conventual implicaba grandes sacrificios y renunciaciones. La decisión de ingresar al convento se tomaba a temprana edad y con frecuencia no respondía a una sólida vocación, sino a circunstancias externas. La monja concepcionista Sebastiana de las Vírgenes afirma que después de haber profesado se arrepintió de haberse convertido en monja y su felicidad inicial se tornó en tristeza: “comencé a tener grandes tentaciones en si había errado en entrar, porque me parecía que había sido contra la voluntad de Dios, que me ponía a pensar y a mí misma me preguntaba ¿cómo he hecho esto?”.¹ Algo similar le sucedió a su prima hermana María Teresa de Suvisa y Castro, quien sólo ingresó al convento porque no quería separarse de ella, ya que eran muy cercanas y se amaban mucho.² María de Jesús Felipa, del convento de San Juan de la Penitencia, relata en su diario las batallas internas que libraba durante largos periodos de desasosiego, en las cuales su alma estaba en una “bartolina tan oscura en donde no encuentro más que confusión [...] me encuentro seca, indevota y remota de todo”.³

1 Espejo, *En religiosos incendios*, p. 84.

2 *Ibidem*, p. 85.

3 Lavrin, “La escritura desde un mundo oculto”, p. 55.

Pero no sólo las monjas padecían carencias afectivas, inseguridades sobre la salvación de sus almas y desolación interior, sino que estos estados también se dieron entre los clérigos, anacoretas, beatos y beatas, todos deseosos de llegar a Dios y establecer un vínculo afectivo con él, con la virgen María, los santos y los ángeles. Estos vínculos emulaban las relaciones de pareja, las filiales y las amistosas y les proporcionaban consuelo.

Las figuras del más allá podían aparecerse “en persona” o a través de alguna de las imágenes pictóricas o escultóricas que las representaban. En este último caso, algunas imágenes llegaban a manifestar señales de vida como abrir y cerrar los ojos, hacer guiños, hablar, sudar, sangrar, reírse y moverse, entre otras. Las imágenes visuales o auditivas que conformaban las revelaciones procedían del entorno de los videntes, lo mismo que las características iconográficas bajo las cuales los visualizaban. Muchas escenas de apariciones de estos seres se dieron en la tierra, en espacios del entorno cotidiano del vidente, pero también podían darse en lugares distantes o en el más allá. A pesar de que entre los videntes había teólogos, catedráticos universitarios y demás personas preparadas, los diálogos con las figuras del más allá solían ser simples, carentes de una dimensión teológica o filosófica. Con frecuencia se referían al ámbito afectivo, a promesas sobre la salvación eterna o transmitían mensajes moralistas. Los encuentros entre personas y seres del más allá no eran materiales, sino que se llevaban a cabo “en idea”, por medio de las potencias del alma, que eran la memoria, la voluntad y el entendimiento.⁴ El alma, “para conseguir sus deseos y en el campo de su idea, lo obra todo, como si realmente pasara, o como si el mismo cuerpo la ayudara”.⁵ Estas experiencias se podían dar durante la vigilia o en el sueño, ya que mientras el cuerpo está inactivo “no deja de obrar el alma; ella medita, razona, habla, negocia, pelea y vence; sin apartarse del cuerpo, se va volando por tierras y mares, para buscar a un amigo con quien consolarse; o a un enemigo con quien esgrimir esforzada sus armas”.⁶

1. Apariciones de Jesucristo

Entre los seres celestiales que se aparecían a los hombres y las mujeres del virreinato de Nueva España, Jesucristo ocupa el primer lugar. Era la única

4 Godínez, *Práctica de la teología mística*, p. 25.

5 Ramos, *Los prodigios de la omnipotencia*, vol. 2, f. 110.

6 *Loc. cit.*

imagen corporal de Dios, en tanto que había encarnado como hombre, y para la mayoría de los fieles resultaba más cercano y accesible que Dios Padre y/o el Espíritu Santo.⁷ Las monjas y beatas se creían sus esposas y establecían fuertes nexos emotivos con él. A Jesucristo se le temía porque a él le correspondía juzgar el comportamiento de los seres humanos en el juicio final y de él se esperaba misericordia para alcanzar la salvación del alma.

Jesucristo se aparecía de muy distintas formas y lo hacía “en persona” o a través de alguna imagen suya, en la eucaristía o de manera abstracta, por ejemplo, mediante un rayo de luz o una estrella. Se presentaba de distintas edades, principalmente como niño o maduro, como en el momento de su pasión, y en escenas que aludían a distintos misterios, virtudes o atributos suyos. Su apariencia generalmente correspondía a la de las imágenes de devoción de los visionarios y, por lo tanto, se aparecía según las múltiples advocaciones bajo las cuales se le adoraba. Habitualmente se aparecía solo, como lo hizo cuando se presentó por primera vez ante sus discípulos después de su resurrección, pero también llegaba a hacerlo acompañado de su madre, de ángeles, de santos o de toda la corte celestial.

Las apariciones del Niño Jesús despertaban ternura, paz y amor filial entre los videntes y muchos de ellos, especialmente las mujeres, canalizaron sus instintos maternales hacia su figura. Lo protegían como hijo indefenso, lo cargaban, lo arrullaban y jugaban con él. El jesuita Miguel Godínez estaba orando en su celda cuando llegó la virgen María y le “arrojó en sus brazos a su precioso hijo”; él lo recibió inclinado y se quedó adorándolo con gran admiración.⁸

Apariciones del Niño Jesús como compañero de juegos reflejan el espíritu lúdico de algunos videntes. María de Jesús Tomelín jugaba con él de pequeña,⁹ y la beata Teresa Romero lo entretenía varias horas por las noches

7 Una excepción es la visión del Espíritu Santo que tuvo la monja sor María Magdalena de Lorravaquio, la cual describió como sigue: “Otra vez habiendo comulgado y estando en oración y en una profundísima contemplación quedé suspensa y en ella se me apareció en lo íntimo de mi alma una paloma muy albísima y no tenía en las alas plumas sino unas a manera de conchas muy doradas y blancas, el pico muy colorado [...] Me iba a él que sentía los afectos de ser [el] *Spiritu* Santo que me visitaba: De ésta fue con grande extremo el ardiente amor que me abrasó el alma y los consuelos que se me comunicaron del cielo, y las grandes mercedes que me hizo mi Señor y me duró este regalo mucho tiempo con muy grande abundancia”. Bieñko, “Autobiografía de María Magdalena”, pp. 17-17v.

8 Se trata de una visión que tuvo la carmelita de velo negro Francisca de la Natividad. Loreto, “Vida de la madre Francisca de la Natividad”, p. 53.

9 Rubial García, “Los santos milagrosos y malogrados”, p. 92.

con bolitas de marfil o de ébano.¹⁰ El Niño Jesús correspondía al amor que le manifestaban mediante muestras de afecto. El confesor de Ignacia del Niño Jesús, una monja de Santa Clara de Querétaro, refiere que una vez que estaba triste el divino Niño la consoló diciéndole: “No llores, cojita mía y mi amada, yo te alegraré mucho ¿y vamos jugando tantito?”. Ella le contestó: “Señor mío, no puedo correr porque no me dan mis piernas, juega con san Antonio y yo los veré correr”.¹¹

Una manera de “hacerse cargo” del Niño Jesús era mediante el arreglo de sus imágenes. Muchas monjas y beatas poseían alguna que aseaban, vestían, arrullaban y cuidaban. Fray Pedro del Espíritu Santo mandó restaurar una escultura del Niño Jesús deteriorada, por lo que a él se le apareció en persona “con increíble hermosura” y le dijo que estimaba mucho el que hubiera puesto “con decencia su retrato”.¹² Al día siguiente, durante la misa, se le volvió a aparecer el Niño Jesús en la hostia “haciendo muchos favores” y como “festejando” aquel pequeño servicio a su imagen.¹³ Sor María Felipa de Jesús, una monja indígena del convento de Corpus Christi de la ciudad de México, arregló y adornó una escultura de Jesús Nazareno y lo hizo con tanto amor que al levantar la vista para verle el rostro se dio cuenta de que “se le movían los labios y aun toda la cara como si fuera una persona humana”.¹⁴

Las apariciones de Jesucristo adulto tenían implicaciones muy diferentes. Como amante, los videntes canalizaban hacia él sus impulsos amorosos. Las monjas y las beatas, que de acuerdo con el imaginario de la época se creían sus esposas,¹⁵ orientaban hacia él sus necesidades afectivas y sexuales. Muchas de las visiones y apariciones que experimentaron reflejan sentimientos de amor y denotan un erotismo sublimado. Sor María Felipa de Jesús describe las sensaciones que le producía el hecho de que Jesucristo la tratara como amante, esposa e hija favorita durante sus apariciones, y la nombrara “alma mía”, “consentida de mi amor” y “niña hermosa”, al decir: “el gusto me recreaba hasta los huesos, el tacto era como si tuviera el cuerpo entre muy

10 AGNM, *Inquisición*, vol. 432, f. 102.

11 Ellen Gunnarsdottir, “Una monja barroca en el México ilustrado; María Ignacia del Niño Jesús en el convento de Santa Clara de Querétaro, 1801-1802”, en Lavrin y Loreto (eds.), *Diálogos*, pp. 369-370.

12 Madre de Dios, *Tesoro escondido*, p. 152.

13 *Loc. cit.*

14 Josefina Muriel, *Las indias caciques de Corpus Christi*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2001, p. 359.

15 Las monjas eran investidas como esposas de Cristo en el momento en que profesaban y las beatas trataban de sentirse como tales, ya que siempre procuraban imitar la vida de las primeras.

delicados y blandos algodones y todo esto no se quedaba en lo sensible sino por eso que el alma y cuerpo se veían en aquel estado de posesión de felicidades recibiendo confortaciones para resistir a los enemigos”.¹⁶

Incluso hubo apariciones que implicaron contactos físicos entre los seres del más allá y los videntes. La beata queretana Francisca de los Ángeles relata, en una carta a fray Margil, que después de comulgar se trasladó al cielo y allí la estrechó entre sus brazos san Francisco y después Jesucristo, “y recibí aquí un altísimo beneficio que fue sentir un abrazo tan estrechísimo que pareció no quedar nada de mí en mí, sino sólo Dios en mí y yo toda en Dios”.¹⁷ La monja carmelita Francisca de la Natividad solía besar la llaga de una figura de Jesucristo acostado en su sepulcro, colocada en el descanso de la escalera de su convento y a menudo le llevaba flores. Cierta día, al encontrar la imagen desprovista de ellas, colocó su boca en el costado de Jesucristo y le dijo “Pues, ¿cómo mi vida para todos ha habido flores sino es para vos?”; entonces Jesucristo le respondió “tú eres mi flor”, lo que la turbó y avergonzó.¹⁸

Las monjas tenían la esperanza de que, al morir, sus desposorios con Jesucristo se consumaran en el cielo. Algunas anticiparon este acontecimiento en visiones, como la que tuvo Melchora de la Asunción, monja del convento de carmelitas descalzas de Puebla, poco antes de que muriera su priora. Mientras Melchora se encontraba rezando en el coro del convento vio que se abrieron las puertas del sagrario y que salió Jesucristo “en forma de varón hermoso, en la edad de treinta y tres años, como lo suelen pintar, y cogiendo de la mano a la madre [la priora] se entró otra vez en el sagrario, mostrando sumo gozo. Con lo cual se le dio a entender los desposorios eternos, que estaba para celebrar con su querida esposa y virgen prudentísima el fino y amante Esposo”.¹⁹

La novicia Francisca de Miranda festejó en espíritu sus bodas celestiales con Cristo el primero de marzo de 1615, durante una extraña enfermedad, y a ellas asistieron como madrinas las santas Teresa de Jesús y Gertrudis.²⁰

16 María de Jesús Felipa era monja del convento de San Juan de la Penitencia de México. Asunción Lavrin, “Sor María de Jesús Felipa (1758)”, en Asunción Lavrin y Rosalva Loreto L. (comps.), *Monjas y beatas. La escritura femenina en la espiritualidad barroca novohispana. Siglos XVII y XVIII*, México, Universidad de las Américas-Puebla/ Archivo General de la Nación, 2002, p. 73.

17 Gunnarsdottir, “Cartas de Francisca de los Ángeles”, p. 234.

18 Loreto, “Vida de la madre Francisca de la Natividad”, p. 47.

19 Gómez de la Parra, *Fundación y primer siglo*, p. 188.

20 Doris Bieñko de Peralta, “Un camino de abrojos y espinas: mística, demonios y melancolía”, en Roger Bartra (comp.), *Transgresión y melancolía en el México colonial*, p. 97.

Una experiencia física real se daba durante la eucaristía. Gracias al milagro de la transubstanciación (mediante la cual la hostia sacramentada se convertía en el cuerpo y la sangre de Jesucristo), místicos y visionarios, especialmente las mujeres, sentían una proximidad material con Dios.²¹ A Isabel de la Encarnación,²² a Pedro del Espíritu Santo²³ y a Francisca de la Natividad, Cristo se les manifestó en la hostia. Esta última, relata que un día después de comulgar vio su propio corazón “lindamente adornado y rociado” con gotas de la preciosa sangre de Jesucristo, del tamaño de los granos de mostaza. Le comunicó a Dios su visión, a la vez de objetarle que no lo veía, a lo cual él contestó: “el adorno soy yo”. En otra ocasión, mientras veneraba la santa hostia, antes de comulgar vio en ella el rostro de Jesucristo “muy lindo”, visión que interpretó como un acto de bondad.²⁴

Pero no en todas las visiones Jesucristo apareció como amante, sino que también se manifestó como Pantocrátor,²⁵ el juez todopoderoso, inflexible e iracundo, que castigaba las faltas de los hombres y los sometía después de la muerte al juicio final.²⁶ A María Josefa de la Peña le dijo que se sentía atormentado y nuevamente crucificado por los pecados que cometían los humanos con sus diversiones y le advirtió que su “justicia” era equivalente a su “misericordia infinita”.²⁷ Este tipo de apariciones tenían la intención de que los visionarios ayudaran a aplacar su ira y templar el rigor de su justicia. Así sucedió el 15 de enero de 1624, uno de los días más críticos del periodo virreinal. El pueblo se rebeló en contra del mal gobierno y los abusos de autoridad

21 Antonio Rubial García ha subrayado el papel de la comida en las relaciones amorosas con la Divinidad: “amar era masticar, ingerir, asimilar, alimentarse del otro. En un mundo religioso cuyo ritual central era la venida de Dios en forma de comida, como carne macerada en la Eucaristía, las mujeres encontraron en él un medio ideal para desarrollar una visión muy personal sobre el sufrimiento y las posibilidades de la participación femenina en la salvación a través del acto de comer a Cristo en la hostia”. *La santidad controvertida*, p. 27.

22 Madre de Dios, *Tesoro escondido*, p. 324.

23 *Ibidem*, p. 152.

24 Loreto, “Vida de la madre Francisca de la Natividad”, pp. 52-53.

25 El concepto de Pantocrátor, que significa todopoderoso, proviene del griego *pantokrátor -átoros*, compuesto de *pâs pantós*, que quiere decir “todo”, y de un derivado de *krátos*, “fuerza”. En la mitología griega se aplicó al dios Zeus.

26 Por ejemplo, en el XI Concilio de Toledo, celebrado en el año de 675, se le define de la siguiente manera: “el mismo Señor y Salvador nuestro volvió por su ascensión al trono eterno, del que por la divinidad nunca se había separado. Sentado allí a la diestra del Padre, es esperado para el fin de los siglos como juez de vivos y muertos. De allí vendrá con los santos ángeles y los hombres, para celebrar el juicio y dar a cada uno la propia paga debida, según se hubiere portado, o bien o mal”. Enrique Denzinger, *El magisterio de la Iglesia. Manual de los símbolos, definiciones y declaraciones de la Iglesia en materia de fe y costumbres*, Barcelona, Herder, 1997, pp. 102-103.

27 Jaffary, “María Josefa de la Peña”, p. 143.

y arbitrariedades del virrey conde de Gelves y del arzobispo Juan Pérez de la Serna. Los dos estaban enfrentados y sus dificultades llegaron al extremo de que el virrey apresó al arzobispo y lo desterró. En respuesta, la Real Audiencia depuso al virrey y éste mandó apresar a los oidores. Entonces el arzobispo excomulgó al virrey y mandó cerrar las iglesias. El pueblo enfurecido se levantó en armas. Ante la falta de autoridad, los clérigos trataron de apaciguar a los exaltados insurrectos. Los franciscanos salieron a la plaza mayor donde se concentraba la rebelión para tratar de convencer a los sublevados de que se retiraran a sus casas. Pero la turba enfurecida siguió en pie de lucha, lo que fue interpretado como un castigo divino. Al ver que la rebelión no lograba controlarse con medios humanos, en los conventos las religiosas se pusieron a rezar y a hacer penitencias para pedir piedad y misericordia a Dios. En el Carmen Descalzo, Inés de la Cruz pidió a su comunidad que apelara a la divina clemencia para salvar la ciudad. Entonces se apareció un templo suntuoso, al cual ingresaron las carmelitas y adentro vieron a Jesucristo “con tres rayos en las manos, el semblante y postura como de quien lo arroja, y el ceño y catadura como de león airado contra esta tierra y reino”. A sus pies estaba hincada la Virgen, quien exhortó a la madre Inés y a las demás religiosas a que rezaran para ayudar a la ciudad “porque la ira de Dios estaba para asolarla, por las irreverencias que habían tenido [sus habitantes] contra la Iglesia y prelado”. Después de un rato en que las monjas pidieron clemencia, se levantó la Virgen “con un semblante risueño”, puso la mano sobre la cabeza de sor Inés de la Cruz y le dijo: “Idos en paz, que por mis oraciones y las vuestras, ni asuela ni destruye la ira de mi hijo esa ciudad, aunque la ha de castigar justa y severamente con grandes inundaciones y castigos temporales”. Después de esto desapareció la visión.²⁸

El pasaje anterior resalta la importancia social de los conventos, considerados una extensión del paraíso en la Tierra, y el valor que se concedía a la capacidad intercesora de las religiosas. A pesar de que vivían en clausura, estaban enteradas de lo que pasaba en el exterior. Como las desgracias tanto de orden natural como social se interpretaban como actos provocados por voluntad divina, se creía que estas mujeres aplacaban la

28 Madre de Dios, *Tesoro escondido*, p. 396.

ira de Dios mediante su intachable comportamiento.²⁹ Así es que a Inés de la Cruz se le concedió el mérito de haber detenido el brazo a Dios y haber evitado la destrucción de la ciudad de México.

Para crear conciencia entre los fieles del riesgo que corrían quienes no se preocupaban por su bienestar eterno e infundirles miedo, Dios convocaba a algunos de sus seres elegidos a presenciar, en vida, el juicio final. Así, mientras María del Niño Jesús estuvo enferma oyó “la terrible trompeta del juicio”, y al verse en “el tribunal de Dios”, se afligió grandemente por considerarse condenada a los infiernos. Solicitó la presencia de fray Rafael, su confesor, quien acudió de inmediato a la portería del convento porque al momento de la visión había oído unos golpes en su pared y creyó que alguna de las religiosas reclamaba su presencia y pidió que le abriesen, pero la tonera le aseguró que nadie lo había llamado. El cronista Gómez de la Parra aclara que “en cuyo suceso debemos entender y discurrir que, si la visión y representación horrible y espantosa del juicio fue traza diabólica del común enemigo, intentando precipitarla en la desesperación, los golpes en la pared serían por disposición divina. También podemos juzgar que el Señor le representó lo riguroso del juicio con la sentencia de su condenación, para acrisolar y purificar más a la enferma con tan terrible visión”.³⁰

En la primera crónica de la provincia franciscana del Santo Evangelio de México del siglo XVI, se relata la experiencia que tuvo un indio que no había querido confesarse a pesar de que estaba próximo a morir por una enfermedad. Una noche, al estar despierto por los dolores que sufría, vio un resplandor que entró a su aposento y en él reconoció a Jesucristo crucificado, quien le dijo: “Pecador ¿y qué piensas?, ¿cómo no te vas a confesar? Pues sábette que hoy has de morir y según tus pecados habrás de ser condenado, mas por la sola misericordia te quiero perdonar, con tal que luego te confieses”. Entonces se trasladó al convento franciscano, se confesó y murió esa misma tarde.³¹

La cercanía con Jesucristo era considerada la manera más segura para lograr la salvación eterna. Él había sufrido y entregado su vida para redimir

29 La idea de que los conventos eran extensiones del paraíso queda plasmada en el libro *Paraíso occidental* de Carlos de Sigüenza y Góngora, que lleva ese título porque el autor considera que el convento de Jesús María de la ciudad de México constituía un paraíso mejorado en Occidente, ya que estaba compuesto por monjas cuya virginidad y vida austera les garantizaba la bienaventuranza eterna. *Paraíso occidental*, pp. 33-35.

30 Gómez de la Parra, *Fundación y primer siglo*, p. 269.

31 Mendieta, *Historia eclesiástica indiana*, tomo II, lib. IV, cap. XXVII, pp. 137-138.

a la humanidad y gracias a su martirio se habían abierto nuevamente las puertas del cielo y los justos podían gozar allí por toda la eternidad. Hay numerosos testimonios de ascetas que veían a Jesucristo en alguna escena de la pasión. A Sebastiana de las Vírgenes se le apareció en el huerto para asegurarle su salvación, diciéndole: “En estas tan grandes agonías de muerte que ahí padecí te tenía presente y te estaba amando y por tu amor padecía, porque tú fueras redimida con el infinito precio de mi sangre, y estaba mi amor deseando tu salvación y que eternamente me besaras en mi gloria”.³² A Luis Felipe Neri de Alfaro se le apareció con la cruz a cuestras³³ y a Isabel de la Encarnación como hermosísimo cordero.³⁴ Con Ana Rodríguez de Castro y Arámburu sostenía “tiernísimos coloquios” en el huerto y en la cruz.³⁵

Otro pasaje repetitivo es el de la aparición de Jesucristo a los moribundos para asegurarles su bienaventuranza. A la carmelita descalza Beatriz de los Reyes, después de haber recibido los santos óleos, le mostró la llaga de su costado, a la que ella le había tenido gran devoción, y le dijo: “hija no tengas pena que aquí te tengo metida”, a la vez que sugirió que a su muerte sus allegados la vistieran de encarnado, “dando a entender que había sido tránsito de esta vida para la felicidad de la eterna gloria”.³⁶

2. Apariciones de la virgen María

En orden de importancia, correspondió a la virgen María el segundo lugar entre los seres aparecidos. Como madre de Dios y por extensión de los hombres, desempeñó el papel de protectora y de mediadora frente a su divino hijo Jesucristo.³⁷ La mayoría de los fieles se colocaba bajo su amparo y acudía a ella incluso en el caso de asuntos insignificantes y mundanos. Ella se manifestaba a los videntes en las distintas advocaciones y figuras que les eran familiares.³⁸ Se aparecía sola, en compañía de su hijo Jesús, de su esposo José, de sus padres Joaquín y Ana, de ángeles y de la corte celestial.

32 Espejo, *En religiosos incendios*, p. 230.

33 José de Santiago Silva, *Atotonilco. Alfaro y Pocasangre*, Guanajuato, Ediciones la Rana, 2004, p. 92.

34 Gómez de la Parra, *Fundación y primer siglo*, p. 471.

35 Bravo, *Ana Rodríguez de Castro y Arámburu*, p. 33.

36 Gómez de la Parra, *Fundación y primer siglo*, p. 170.

37 El papel de intermediaria que se le atribuía a la virgen María provenía de la idea de que la cercanía que tenía con su hijo le daba la posibilidad de interceder ante él para resolver problemas terrenales como enfermedades, miseria, inundaciones, sequías y hambrunas, y, después de la muerte, ayudar a las almas a salir del purgatorio y conseguir la gloria eterna.

38 Desde el siglo xv, la rama reformada de los franciscanos había apoyado la doctrina de que la Virgen estaba presente en sus imágenes y esta creencia se difundió pronto entre los fieles.

Sor María Magdalena Lorravaquio, aquella monja del convento de San Jerónimo de la ciudad de México que pasó 44 años enferma, adoptó a la Virgen como madre sustituta cuando ingresó al convento. A ella le rezaba, le manifestaba sus deseos, le pedía fortaleza para sortear las enfermedades y le pedía que la socorriera en sus necesidades. En ella encontró consuelo y fortaleza “pues era mi madre y todo mi bien y regalo”.³⁹ Había sido la Virgen quien la indujo a ser monja. Cierta día, cuando estaba en la búsqueda del “camino de la perfección”, rezó frente a una imagen mariana que estaba en casa de sus padres, quedándose dormida. Durante el sueño, su alma se quedó en paz y fue trasladada a un desierto, “y allí aunque no oí ni vi nada me enseñaron que el camino por donde quería Dios llevar mi alma era por soledad, interiormente hablando, y tratando con Dios en ella. Esto fue como si lo estamparan o sellaran en mi corazón”.⁴⁰ A partir de ese momento luchó por ingresar a un convento.

La Virgen se aparecía frecuentemente a sor María Magdalena. Un día la vio en una escena de la pasión “al pie de la cruz con un manto azul cubierta y tan goteado de la sangre que de la cruz caía que estaba toda muy llena de ella y con manos altas para recibir aquel precioso cuerpo; y aunque muy afligida, muy bellísima que los veía yo muy distintamente: hízome su Majestad participante de esta preciosa sangre y dolor de su Santísima Madre y con muy grandes afectos de servirle”.⁴¹

En otra ocasión se quedó suspensa al pedirle a la Virgen que intercediera por ella ante Jesús, y le pareció que habían llevado su alma a un

apuesto muy solo y, estando con tan gran silencio, de repente entró un rayo de sol tan claro y envistió en mi alma y dando tan gran luz al aposento donde estaba que con ésta aún estaba yo más absorta y luego vi a Nuestra Señora muy resplandeciente: vestida de una vestidura encarnada bordada de un oro muy fino y ella muy rodeada de ángeles y la luna a los pies y que subía a los cielos y con esto con tan gran fuerza llevaba mi alma tras de sí, que me parecía a mí había desamparado mi alma al cuerpo y con tantas voces y gemidos. Le suplicaba no me desamparase y que me alcanzase gracia por no ofender a Dios. Estuve en esta suspensión muchísimo tiempo: y vuelta de ella eran tantas

39 Bieńko, “Autobiografía de María Magdalena”, f. 3.

40 *Ibidem*, ff. 4-4v.

41 *Ibidem*, f. 17.

las ansias de amar a Dios y de servirle que el corazón se me deshacía en el cuerpo, y esto me duró muchos días.⁴²

Otro día vio “con los ojos corporales” cómo salía un rayo de sol resplandeciente del pecho de la Virgen, mismo que la envolvía, “y luego con esta luz quedé suspensa sintiendo en mi alma una claridad y alegría muy grande y afecto a esta Señora, y vuelta de esta suspensión quedé con aquella alegría muy grande y deseos de amar y servir a esta Señora muy de veras”.⁴³

Una forma en que la Virgen manifestó a sor María Magdalena su entrega amorosa fue el “intercambio de corazones”. “Se presentó con la ligereza de un águila, se puso al lado de su corazón y con gran violencia se lo arrancó del cuerpo.” A pesar del dolor que le dio, la monja no se molestó, sino que sintió gran júbilo y alegría “por la presencia de esa Señora” y su alma se le “abrasaba en amores”.⁴⁴

Sor María Magdalena incluso solía acudir a la Virgen para que la orientara en su toma de decisiones. Ante el cambio de priora de su convento, le pidió que le ayudara a elegir a la mejor de las dos candidatas. Después de hacer la petición, la monja se quedó “suspensa”, y entonces vio “con los ojos del alma” muy nítidamente a la Virgen, aunque no comprendió su mensaje. Al siguiente día, mientras oraba volvió a quedar suspensa y una vez más suplicó a la Virgen que le mostrara a la candidata más apta y que le consiguiera los cinco votos que necesitaba para salir electa. Entonces la Virgen atendió la súplica: le mostró la más adecuada, con lo que la monja consiguió los votos faltantes y salió electa “muy a gusto de todos”.⁴⁵

Los fieles concebían a la Virgen, en su calidad de reina del cielo, con la lujosa vestimenta de las soberanas terrenales, adornada de múltiples joyas.⁴⁶ A sor María Magdalena se le presentó un día con “una vestidura encarnada, bordada de oro muy fino” y, en otra ocasión, “vestida de blanco, bordada de oro y plata

42 *Ibidem*, ff. 20 y 20v.

43 *Ibidem*, f. 20v.

44 *Ibidem*, f. 23.

45 *Ibidem*, ff. 43v, 44v.

46 En muros y sarcófagos de los siglos III y IV, María aparece como una figura sin trascendencia, pero a partir del siglo V empieza a adquirir importancia como reina. La primera representación de *María Regina* está en el muro de la Iglesia de Santa María la Antigua de Roma, que data de la primera mitad del siglo VI. Marina Warner, *Tú sola entre las mujeres. El mito y el culto de la virgen María*, Madrid, Taurus, 1991, pp. 150-151.

y matices de sedas muy lindas”.⁴⁷ Este lujo contrasta con la indumentaria que portaban la mayoría de los visionarios, quienes, en su afán de cumplir al pie de la letra la virtud de pobreza, vestían hábitos o vestidos viejos y remendados y prescindían de adornos y joyas. Sin embargo, precisamente la renuncia a estos objetos bellos y delicados incrementó su deseo de gozarlos en vida a través de sus visiones y, después de su muerte, en el cielo.⁴⁸

No encontré testimonios de apariciones de la virgen María que hayan dado origen al culto de una nueva advocación, como sucedió en algunos casos de las apariciones legendarias, con excepción de una visión que tuvo la madre Teresa de Jesús, la segunda de ese nombre, del convento de carmelitas descalzas de Puebla. El cronista Gómez de la Parra relata que las religiosas más antiguas del convento, que él entrevistó, le dijeron que la Virgen se les había aparecido “hermosísima, llena de luces y resplandores”, y que la monja había bautizado dicha aparición como la virgen de la Aurora. Con el propósito de conservar vivo el recuerdo de esa experiencia, las monjas llamaron a un pintor para que plasmara la visión en un lienzo. Como el resultado fue grato para sor Teresa, la pintura se colgó en la iglesia del convento, donde todavía se veneraba décadas después.⁴⁹

3. *Apariciones de ángeles*

Entre los seres a quienes se solicitaba protección y que se aparecían con frecuencia a los videntes estaban los ángeles. Se creía que servían a Dios y ejecutaban funciones tan importantes para el universo como mover las esferas celestiales, de las que pendían el sol, la luna, los planetas y las estrellas. Según el Apocalipsis de san Juan, fueron los primeros habitantes del cielo, constituidos en ejércitos al mando del arcángel Miguel, quienes abatieron a los ángeles rebeldes capitaneados por Lucifer y los expulsaron del cielo. Ganaron así la batalla inicial en contra del mal y en adelante su función fue defender el cielo y la tierra en contra del Demonio y de sus huestes.⁵⁰ Fun-
gían como cortesanos del cielo: formaban parte del séquito de Dios y de la Virgen, participaban en procesiones y ejecutaban la música celestial, una de

47 María Magdalena, “Autobiografía de María Magdalena”, ff. 20-20 v. y 63-63v.

48 Gisela von Wobeser, *Cielo, infierno y purgatorio durante el virreinato de la Nueva España*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Jus, 2011, p. 111.

49 Gómez de la Parra, *Fundación y primer siglo*, p. 252.

50 Apocalipsis de San Juan, 12, 4-11.

las principales manifestaciones de alabanza a la Divinidad. Eran emisarios de Dios para asuntos terrenales y custodios de la seguridad de los fieles.

Los ángeles que se aparecían con más frecuencia eran los de la guarda, de los cuales cada humano tenía asignado uno para que lo acompañara durante toda la vida. La fe en ellos era tan grande que un 74 por ciento de los nobles novohispanos que realizaron su testamento se encomendaron a ellos para que los apoyaran en el difícil tránsito hacia la muerte.⁵¹ En segundo lugar se aparecían los arcángeles, de los cuales el que tenía más presencia era Miguel, seguido por Rafael y Gabriel. Por último, estaban los serafines y querubines, representantes de las más altas categorías angélicas.

La figura con la cual se aparecían ángeles y arcángeles a los videntes respondió al estereotipo iconográfico y literario prevaleciente: jóvenes asexuados, esbeltos, con cuerpos bien formados y caras muy bellas, que tenían alas de distintos colores y estaban ataviados lujosamente. Generalmente eran rubios de tez y cabellos y con frecuencia vestían túnicas blancas. Los querubines y serafines aparecían como niños pequeños alados o como cabecitas con alas.

La queretana Francisca de los Ángeles describe mediante conceptos terrenales a su ángel de la guarda, pero especifica que él y su vestimenta eran muy superiores a lo mundano. Su rostro era perfecto, blanco y rosado, de “color de gracia del Altísimo”. “Tenía el cabello largo y ensortijado, peinado de raya en medio desde donde emergía una hermosísima cruz, más delicada que las que había en el mundo”. Los ojos eran hermosos “y siempre modestísimos”, la nariz “acordonada y resplandeciente” y la boca era la gracia de todo el rostro. “No era grueso, ni delgado, las manos muy perfectas y hermosas; los pies descalzos, la acción de manos expuestas sobre los pechos cruzados al modo que nuestro padre san Francisco las ponía.” Vestía una túnica blanca que resplandecía “muchas veces más que el sol” y en la cintura portaba un cinto adornado con esmeraldas y perlas. “La forma, aunque humana, no tiene facciones de criaturas, ni acciones porque anda sin dar pasos, vuela sin abrir ni cerrar más las alas, mira sin voltear ni bullir los ojos, habla sin sonido de voz alta, ni baja; se percibe más en lo interior que en lo exterior [...] Las alas que trae no son de ninguna manera como las que pintan a los ángeles los pintores; son perfectísimas, no con plumeros ni

51 Verónica Zárate Toscano, *Los nobles ante la muerte en México. Actitudes, ceremonias y memoria (1750-1850)*, México, El Colegio de México/Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2000, p. 151.

extendidas, sino con la más graciosa forma y compostura que acá se puede imaginar: son blancas y con ser la túnica blanca, también no es del mismo blanco ni hace los mismos visos de resplandor.”⁵² Sor María Magdalena dice de los que vio en diversas ocasiones que son muy bellos, bien adornados, ataviados de ropajes de finos colores y de oro, con alas coloridas y cabellos de oro.⁵³ Estas descripciones resaltan los atributos que la Iglesia asignaba al cielo y a sus habitantes: blancura, luminosidad y resplandor. Los seres celestiales se concebían con piel clara, facciones y cuerpos bellos, vestidos con trajes lujosos y joyas, todo acorde con la perfección generalizada que se creía que reinaba en el cielo. Los atributos del cielo contrastaban con los del infierno, que eran la negrura, la fealdad, la suciedad, la imperfección y la desnudez.

Las beatas Ana de Arámburu y María Josefa de la Peña recrearon la escena de la transverberación de santa Teresa de Jesús, en la que un ángel le atravesó el corazón con la flecha del amor divino, vivencia que María Josefa describió de la siguiente manera:

Vi a un serafín de los más allegados a Dios y más encendidos en su divino amor. Éste traía en las manos un dardo o saeta y la punta era de un oro finísimo y unas llamas muy encendidas y llegándose a mí me metió el dardo en el corazón con tanta violencia y fuerza que parecía haberme abierto el corazón medio a medio. Al mismo tiempo vi dos ángeles de menor jerarquía que al tiempo de traspasarme con el dardo caí desmayada y en sus brazos me sostuvieron, al mismo tiempo al sacar el dardo.⁵⁴

Como emisarios de Dios, los ángeles llegaban a apoyar a los fieles mediante obras materiales. Cuatro frailes carmelitas fueron al desierto para fundar un nuevo convento. Muertos de hambre, el padre vicario le solicitó a uno de ellos que fuera a la ciudad para pedir limosna y comprar comida. Al bajar del monte encontró un gran canasto de pan, en la vereda por donde caminaba. Como no vio a nadie que lo pudiera haber traído, atribuyó el milagro al ángel que, según el Antiguo Testamento, había proveído de pan a Elías. En otra ocasión los mismos religiosos encontraron “dos jumentillos

52 Carta dirigida a fray Sitjar. Gunnarsdottir, “Cartas de Francisca de los Ángeles”, pp. 224-227.

53 Bienko, “Autobiografía de María Magdalena”, ff. 45v-46, 54v y 70.

54 Jaffary, “María Josefa de la Peña”, p. 148, y Rubial García, “El hábito de los santos”, p. 356.

cargados de pan floreado y lindo” con una nota que decía: “aquesto es para el desierto”; una vez más atribuyeron este regalo al “ángel de Dios”.⁵⁵

El carmelita fray Juan de Jesús relata que su ángel de la guarda lo despertaba regularmente a las dos y media de la mañana para que pudiera escribir varios libros que tenía en curso. Una vez concluida esta labor, le pidió que lo despertara poco antes de las tres para ir al coro y estar con Jesucristo, encargos que el ángel desempeñaba con toda puntualidad.⁵⁶

Fray Agustín de la Madre de Dios afirma que el ángel de la guarda de fray Juan, provincial del convento carmelita, adoptó la figura de éste para reprender a uno de los correligionarios que había concertado una cita con una mujer de mala fama. Esa misma noche, el ángel disfrazado de fray Juan entró en la celda de quien se disponía a pecar y lo reprimió duramente. El fraile empezó a temblar, a llorar y a dar voces de arrepentimiento a la vez que solicitaba la presencia de fray Juan. Éste llegó la mañana siguiente para asegurarle que no era él quien lo había visitado de noche.⁵⁷ Aunque esta historia parece más un *exemplum* que una experiencia vivida por una persona, manifiesta la función que los ángeles desempeñaban en el imaginario de los fieles.

A los ángeles les concedían la posibilidad de viajar junto con sus protegidos, tradición proveniente desde la Antigüedad. El de la guarda de María de Jesús Tomelín le mostró “distintas partes del mundo”, entre ellas “las tierras de los infieles” y diversos sitios del más allá. Al llegar a cierto lugar, una gran puerta cerrada les impedía la entrada. Tocaron y apareció un Demonio que dijo que ninguna “criatura que vivía en carne podía entrar”, pero el ángel replicó que “Dios todo lo podía”, y entonces les abrió la puerta y los dejó pasar. Adentro la monja vio “muchas flores y arboledas [y] aguas cristalinas. Entonces el ángel le explicó que estaban en el paraíso terrenal”. En otra ocasión, el mismo ángel la llevó al purgatorio. Allí vio a numerosas almas en medio de “vivas llamas”. El ángel le propuso que las acompañara y sufriera los tormentos junto con ellas desde esa hora hasta las tres de la mañana, entonces las almas quedarían libres y Dios la premiaría por la caridad. María de Jesús accedió por agradar a Dios.⁵⁸

55 *Ibidem*, p. 268.

56 Madre de Dios, *Tesoro escondido*, p. 280.

57 *Ibidem*, pp. 373-374.

58 Loreto, *Los conventos femeninos*, pp. 278 y 279.

Como cortesanos y parte del séquito de Dios, la Virgen y los santos, los ángeles acompañaban con frecuencia a los videntes. A Gregorio López lo vieron en Zacatecas rodeado de ellos en el momento de su muerte.⁵⁹

4. Apariciones de almas bienaventuradas

Algunas almas bienaventuradas se aparecían a sus allegados antes de subir al cielo, para consolarlos y alentarlos a que siguieran en el camino del bien. Inés de la Cruz, la concepcionista que fundó el convento del Carmen de México, al morir se apareció “gloriosa y resplandeciente” a la madre María de San Nicolás, quien se encontraba enferma en el convento de Jesús María. Esta última le dio la bienvenida y le expresó el gusto que le daba verla bienaventurada y se extrañó de que portara el hábito concepcionista y no el del Carmen Descalzo. El alma le respondió que se debía al hecho de haber sido el primero que había usado, como ocurrió a la santa Escolástica, la hermana de san Benito.⁶⁰ En otra ocasión, Isabel de San Alberto, monja del convento de carmelitas descalzas, vio que el alma de Inés de la Cruz se levantaba de la sepultura y la llamaba con la mano para que se fuera con ella al cielo.⁶¹

Había bienaventurados que se aparecían para consolar y reconfortar a los frailes y monjas que vivían en clausura. La priora del convento de carmelitas descalzas de Puebla se apareció después de muerta a Inés de la Madre de Dios, una religiosa de su comunidad. Ante la pregunta de sor Inés de si estaba muerta y había resucitado, la priora asintió y dijo que venía para ayudarla a lograr su salvación. Después visitó a otra monja que había sufrido mucho a lo largo de su vida, con lo cual le hizo un gran beneficio.⁶²

Algunos clérigos y monjas tuvieron visiones de sus allegados en el cielo.⁶³ Entre las esperanzas que el cielo brindaba a los fieles estaba precisamente la de reencontrarse con los seres queridos. María de San José, monja agustina de Santa Mónica de Puebla, mientras rezaba en el coro vio a su madre el mismo día que la enterraron. Pero no la visualizó como la anciana que era al morir, sino como se imaginaban a los seres celestiales “muy moza, linda por extremo, toda llena de resplandores”.⁶⁴ Al estar sor María

59 Rubial García, *La santidad controvertida*, p. 105.

60 Sigüenza, *Paraíso occidental*, p. 255.

61 Madre de Dios, *Tesoro escondido*, p. 384.

62 *Ibidem*, p. 402.

63 Castillo Graxeda, “Autobiografía”, p. 62.

64 Myers, “Madre María de San José”, p. 92.

Magdalena rezando por el alma de un sacerdote recién fallecido, de pronto quedó “suspensa” y lo vio elevarse a gran altura “vestido con una casulla blanca bordada de verde y oro y plata y muy resplandeciente y linda” de lo que entendió que iba rumbo a la eternidad.⁶⁵

Al morir el carmelita Francisco de los Reyes, un correligionario vio desde la celda salir su alma del cuerpo para “recibir al esposo” y “entrar en las bodas celestiales”.⁶⁶ Los cielos se abrieron y le mostraron una “calle muy ancha y muy hermosa, la cual se iba dilatando, bañada de resplandores” que abarcaba “desde la celda del hermano hasta lo alto del cielo”. La calle estaba adornada con ricas colgaduras y tapices costosos, como se acostumbraba en las fiestas y procesiones terrenales, y el piso estaba cubierto con pétalos de rosas y jazmines que exhalaban una celestial fragancia. La iluminaban luceros que permitían ver los “doseles que estaban entretejidos de varia pedrería y de menudas estrellas”. El fraile vio transitar por esa calle una procesión conformada por ángeles y santos “todos con cirios blancos en las manos [y] mostrando gran contento. Iban en forma humana los ángeles, todos de gala y librea, extendidas las rubias cabelleras por encima de los hombros y sembrados de diamantes y zafiros por entre trecho y trecho. Salpicábanse luceros por alas y vestiduras, pareciendo cada una más que el sol en el reino de su Padre y ostentando con júbilos la dicha de que gozan”.⁶⁷ Al final de la procesión iba el alma de fray Francisco de los Reyes, en medio de “dos venerables personajes”. Iba “triumfante y glorioso” y la tela de su viejo y raído hábito carmelita se había transformado en una prenda “preciosísima”, bordada con gran primor. Estaba resplandeciente de alegría y los ángeles volvían de cuando en cuando sus cabezas, mirándolo con amor. La procesión siguió por la hermosa calle hasta perderse de vista. El vidente se quedó “envidioso [de] tanta gloria y ansioso de merecerla” cuando muriera.⁶⁸ El que las personas rejuvenecieran y mejoraran su aspecto respondía a la idea de que los seres celestiales eran perfectos y, por lo tanto, bellos e incorruptibles, lo mismo que los objetos que los rodeaban.

El carmelita fray Antonio de la Cruz no esperaba a que los bienaventurados lo visitaran, sino que él se trasladaba al cielo para interactuar con ellos.

65 Bienko, “Autobiografía de María Magdalena”, ff. 21v, 77v-78.

66 Se refiere a los desposorios místicos que eran frecuentes en el caso de las monjas, pero también los llegaban a experimentar los hombres.

67 Madre de Dios, *Tesoro escondido*, p. 167.

68 *Loc. cit.*

Allí transitaba por “los coros de ángeles” y contemplaba su belleza, pasaba donde estaban los profetas y patriarcas, “mirando y admirando aquella gloria que por su fe consiguieron”. Luego se trasladaba al coro de los padres de la iglesia “y saludaba a aquel senado ilustre de los apóstoles santos, pidiéndoles humilde para el mundo sufragios de oraciones”. Continuaba visitando a los mártires, y “entre la variedad de sus trofeos celebraba sus victorias, suplicando le diesen fortaleza contra sus adversarios”; a los confesores los trataba como amigos porque esperaba en algún tiempo verse entre aquella compañía celestial. “Pero donde gastaba muchos ratos era en el virginal coro, porque tenía allí muchas devotas [...] la hermosa Catalina, Inés, Teresa, Margarita y otras tales eran las damas a quien visitaba; a ellas pedía pureza y con ellas pasaba entretenido muy buenos ratos de conversación.”⁶⁹ En estas descripciones no puede uno dejar de contrastar el lujo celestial, construido por el imaginario a semejanza de las cortes terrenales, con la sobriedad, sencillez y pobreza en la que vivían los carmelitas.⁷⁰

⁶⁹ *Ibidem*, p. 207.

⁷⁰ Colleen McDannell y Bernhard Lang, *Historia del cielo*, trad. de Juan Alberto Moreno Tortuero, Madrid, Taurus, 2001, p. 227.